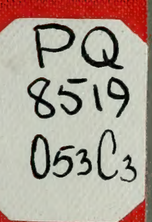

PQ
8519
O53C3



CANCIONES DE LA HUERTA

mendoza, el mas "bedel", de los bedeles

JUAN M.ª ÓLIVER (HIJO)

del 1914

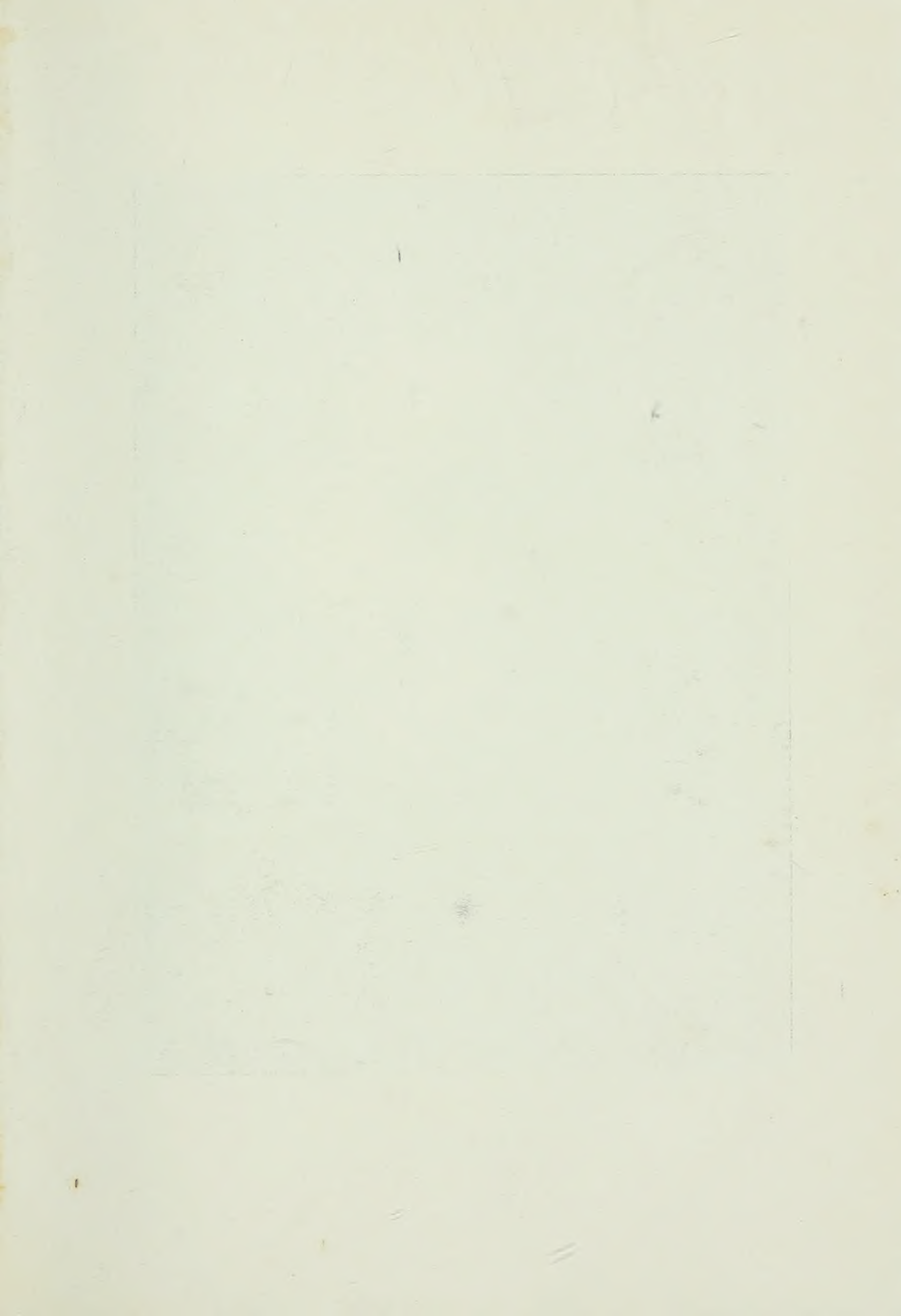
CANCIONES DE LA HUERTA

MONTEVIDEO

Imp. y Lib. Mercurio, de Luis y Manuel Pérez

Calle 25 de Mayo núm. 467

1914





A

JULIO A. ÓLIVER

INFATIGABLE TRABAJADOR DE LA TIERRA

EN SU

GRANJA DE TACUAREMBO CHICO

Mari Barba.—Y ¿hay en los jerales obra
para versos tan pulidos?
Juglar.—Hayla, dueña.
Montoro.—Hay sombra fresca
y agua de la sierra.

E. MARQUINA.—«Doña María la Brava»

BAJO EL SOL DE OTOÑO

À Pilolo y Zobeida Rodriguez Bas.

Rima en el huerto la tarde
la vieja canción amiga
de las dulzuras amables
y las hojas amarillas...
—la de las ramas sin nidos,
la de las cosas antiguas
que se acuerdan al calor
de la luz serena y tibia

de los soles otoñales...
—la de tantas cosas idas
para siempre... la esperanza,
el ave, la flor, las rimas...
las palabras de unos labios
llenos de melancolía...
—la tristeza de unos ojos
que se amaron... la divina
blancura de aquellas manos
que apaciguaron mis iras...

Hay en los tristes jardines
como una paz enfermiza...
Parece que en el ambiente
sereno del mediodía
vaga un rumor musical
de nostalgias infinitas,
de pensadoras antiguas
y penas desconocidas...

Parece que en esa luz
que baja dulce y tranquila
sobre los jardines muertos,
viejos violines de Hungría
sollozan, se quejan, lloran
una languidez divina
de pobres convalescientes
que aman esta tarde tibia
de tedio, de sol, de rosas
que se deshojan...

La vida
me pone un sueño en el alma
y en el ensueño una rima,
por todas las flores muertas;
por todas las cosas idas...

CREO EN TI, MADRE TIERRA...

Y bajo el sol de Otoño, paternal y sereno,
mientras caen las hojas y se mueren las flores,
¡creo en ti, Madre Tierra, que nutres con tu seno
toda una pobre raza de oscuros luchadores!

Creo en tí, que te muestras áspera, recia y dura,
en la cumbre bravía o en la vasta ladera
y lo mismo te abres para una sepultura
que para el florecer de una sementera...

Creo en ti, que te das a todos, noble y justa,
¡magna madre que calmas nuestras hondas fatigas
y, eterna y virgen, eres la Emperatriz Augusta
de un pueblo que combate por conquistar espigas!..

Porque tú sola eres la única y la fuerte
que no se desespera; porque de cada herida
que recibe tu cuerpo arrancas a la muerte
un germinar potente y fiero de la vida...

Porque eres para todos la maga encantadora
de los raros milagros, y al rico y al mendigo
lo mismo das el pan que en los hornos se dora,
como al sol se doraba en las cañas del trigo...

Porque has engendrado las sencillas pasiones
que el pobre miserable de espíritu desprecia;
porque has puesto en la paz de nuestros corazones
el afán de vivir, tierra áspera y recia...

Porque eres estéril para el frío egoísmo
que dicta un anatema a todos los arados;
porque encarnas el numen de ese alto idealismo
que campea en el noble vigor de los sembrados...

Porque a todos ofreces la robustez hermosa
de tu carne morena, y en tu seno fecundo
lo mismo das tu leche a la estirpe gloriosa
que a la raza maldita o al pueblo vagabundo...

Madre!..

Cuando a tus brazos mis fatigas me llamen
y termine esta vida de amores y dolores
¡haz que los versos míos sus pasiones derramen
en una raza grande de fuertes labradores!

LOS CLAVELES

Sí... Te siento que vas con las otras
vestida de fiesta;
todos llenos de risas los ojos,
la boca bermeja
como flor de granado de linda,
de húmeda y fresca...

Te cruzas conmigo en la calle... me miras...
tus párpados tiemblan...
¡y un suspiro que había en tu pecho
se muere de pena!

Aunque no te acuerdes de los días viejos,
aunque no me creas,
iré, como siempre,
a ver en la reja
donde tantos ensueños tuvimos
y tantas quimeras
¡cómo sangran los pétalos rojos
la sangre que llevo latiendo en mis venas!

La casa, como antes,
parece desierta...
El útimo rayo del sol que se pone
deja en las vidrieras
un rastro vibrante de oro y de fuego...
Allá en la maceta
los grandes claveles, — como corazones
partidos al medio por un navajazo, —
se mueren, sangrando sangre de mis venas!

¡No importa que pases
vestida de fiesta!..
¡no importa que rían tus ojos oscuros,
tu boca bermeja!..
Yo sé que de noche
mientras sola quedas,
y ellas entre risas
sus amores cuentan,
—junto a la ventana
tus manos de reina
amontonan con muchos cariños
y muchas tristezas
¡los pétalos rojos
de aquellos claveles que dieron mis penas!..

VIDAS HERMANAS

Vives siguiendo la pobre yunta
y arando siempre. . .

Somos hermanos, y mientras labras
la extensa huerta que el sol fecunda,
y mientras marchas tras de tus bueyes
abriendo surcos largos y hondos,
y en ellos viertes
con ademanes nobles y austeros
los nobles gérmenes

de las cosechas, yo también labro,
humildemente,
frente a tu huerta que el sol fecunda,
estas canciones de amor y fiebre
que llevan mucho de tus afanes,
que tienen mucho de tus quereres!

Así es la vida, como tu huerta, . .
El amor tiene
del sol de Otoño
las claridades resplandecientes,
y acaso el alma, como esa tierra,
que labras siempre,
siempre está llena
de surcos hondos y de simientes!

Y como anhelas que el agua caiga
y fecundice tus sementeras, lo mismo llueve
sobre la vida, — llanto que colma
los hondos surcos que abrió la fiebre
en esa huerta de mis amores
donde los pobres versos florecen!

Yo sé que tienes puesta la vida
en esa triste yunta de bueyes,
en ese arado y en esa tierra...
Yo sé que tienes
el alma llena de amores vagos
y de esperanzas que nunca mueren...
Yo sé que esperas que tus cosechas
compensen siempre
las amarguras de tus sudores...
Y así tenemos la misma fiebre,
la misma vaga dulce esperanza,
—esa esperanza que nos asiste remotamente,—
de hacer el mismo trabajo,—el mismo!—
seguir arando, arando siempre,
como mi pena, como tu esfuerzo,
como mis sueños, como tus bueyes
que pasan toda la triste vida
arando, arando... hasta que mueren!..

ULTIMO FLORECER

Es en vano que mires y remires
desde tu senda oculta para verme
sufrir sobre estas tierras... Es en vano...
la juventud se va... y ésa no vuelve!
¡Sobre mi corazón hay un silencio
vasto y dominador como la muerte!

Hoy sueño las divinas primaveras
que pasan y no vuelven,
las canciones amigas,
las tardes que se mueren

en la embriaguez del sol, y todas esas
cosas que reflorecen
dentro del corazón, cuando la pena
sobre ellas pasa, y llueve
su rocío de lágrimas la vida...

Hoy vivo mi canción, y canto siempre!

Miraste largamente mis pupilas
para dejar en ellas esa fiebre
que devoró tu entraña,—y no pudiste
sufrir tan hondamente!
Desfibraste mis músculos en esa
larga lidia doliente,
y sin embargo, canto todavía
porque renazco en mi piedad...
Soy fuerte!

En medio de esta tarde de congoja
que estruja el corazón hasta la muerte,
¡en vano martilleas mis delirios!
¡en vano martilleas en mis sienes!

La puerta del hogar de aquel ensueño
se cerró para siempre
y voló como un pájaro en la sombra
la última canción... ¡Esa no vuelve!

En vano has esperado la tristeza
del Otoño que viene,
porque el Otoño trae los recuerdos
de todo lo que tiene
sabor antiguo y grácil;
grato dulzor de mieles,
matiz que no se olvida,
versos que nunca mueren...
Llegó el atardecer... Todo regresa
para mi corazón. Se hace el milagro,
—¡pobre milagro de convalesciente!—
de tornar los ensueños como amigas
aves emigradoras, y se siente
al retornar de todo
que el milagro se hace y tú no vienes!
No vienes a traerme tus canciones,
—¡oh musa de los lindos ojos verdes
que guiaste mis pasos por la senda
del amor puro y del saber doliente!

ESE MAL DE MI VIDA...

En vano buscas con tus gracias todas
disipar mi dolor...
¿no ves que tengo en los silencios míos,
sangrando el corazón?..

¿No oyes esa dulce voz?.. Los cisnes
cantan para morir...
¡todas las esperanzas de mi vida
están muriendo así!..

Guárdame en el refugio de tus brazos,
y así descansaré...
¡llevo sobre mi vida la tristeza
de Alfredo de Musset!..

Ah!.. tener en el pecho muchos odios
y no poder odiar...
llevar en las pupilas muchas lágrimas
sin poderlas llorar...

Sentir los versos que en el aire flotan
de la tarde de Abril
y no tener palabras que los digan,
y dejarlos morir...

Tener que hablarte a solas muchas cosas
y ya juntos los dos,
sufrir la tiranía del silencio
sobre mi corazón...

Y no encontrar la frase que decirte
y angustiado pensar,
¡cómo nos olvidamos, lentamente,
sin poderlo evitar!..

Y en la doliente pena que el Otoño
vuelca sobre el jardín,
pensar que hay tantos muertos en la vida
que no pueden morir!..

Sentir esa ansiedad indefinible
de escuchar una voz
que arranque la tristeza de las almas
y alivie el corazón...

Esperar el milagro de la vida
libre ya del dolor,
y saber que en el fondo de tu alma
hace ya mucho que se puso el sol...

¡Todo éso son mis penas!..
¡Todo éso es mi dolor!..

COMO UN AVE MARIA

Sé piadosa en mi mal, como un Ave María,
y florece en mi pecho como una melodía
llena de la dulzura de mi melancolía...
Sé mística y sé dulce; como un Ave María.

He tenido un ensueño, — ¡oh sagrada belleza
del ensueño sutil que llora de tristeza! —
Era como un incendio de vivos rayos rojos
aquella llamarada que llenaba tus ojos...

En medio de la hoguera, sobre una cruz, había
un alma que era esta dolorosa alma mía,
mendicante y enferma. Y en aquel sacrificio
mis pupilas veían, por cada quemadura,
estallar una flor, una flor roja y pura
que era como el voto de un mártir... ¡Oh suplicio
de esta pobre alma mía!..

Sé piadosa en mi mal, como un Ave María.

Y de pronto tus ojos se tornaron de acero,
como un cielo de noche invernal. Un lucero
puro como un diamante, su flor de luz abría
en aquella dureza de tus ojos... Y había
en la vasta y sombría soledad de amarguras
de tus claras pupilas aceradas y duras,
la espantosa fijeza de la muerte. Y la estrella
permanecía fría, inmóvil, blanca, bella,
fija como una maldición... ¡Oh imperio
del ensueño en que flotan el dolor y el misterio!..

Aquella fría estrella que en tus ojos abría
su cáliz como una flor deslumbrante y pura,
era todo este hondo silencio de amargura
que en mi alma florece como una melodía...

Sé piadosa en mi mal, como un Ave María.

Y de pronto tus ojos fueron como el desierto,
magníficos y llenos de angustia. En el incierto
crepúsculo, hacia el rojo poniente,
coronada de lumbre, erguía triunfalmente
su cabeza la Esfinge... — ¡ Oh los mansos camellos
que bajan fatigados los dolorosos cuellos
y llevan en los ojos, de una tristeza eterna,
la visión de un oasis o de una cisterna!..
! Oh aquella caravana que dibuja en la arena
el camino angustioso y estéril de la pena!
La tarda caravana de todos los dolores
que bajo tus palabras se tornaron en flores,
— extraña novia mía
llena de la dulzura de mi melancolía!..

Sé mística y sé dulce, como un Ave María.

Y luego tus pupilas se hicieron dos puñales.
Y en sus puntas se abrían, lívidas y fatales,
dos flores vivas de luz..., ¡Oh, qué angustiosa
hora de imploración!.. Oh, cómo herían
aquellos dos puñales, — y una sangrienta rosa,
y otra rosa, y otra rosa en mis carnes abrían
frenéticos de ira...

— Y las hojas violentas
de aquellos dos puñales se tornaron sangrientas,
y destilaban sangre, y de mi carne rota
también brotaba sangre, y había en cada gota,
esplendoroso y vivo, un haz de rayos rojos.
¡Oh frialdad asesina de tus divinos ojos!..
— De tus ojos judíos,
cuya lumbre bravía
flota sobre la niebla de todos mis hastíos
mística y dolorosa, como un Ave María!..

Extraña novia mía, cuyos ojos son flores
de luz que un llanto acerbo eternamente riega;
trágica y dulce madre de mis dolores, — ruega
por todos los amores
de mi alma sombría...

Sé piadosa en mi mal, como un Ave María,
y florece en mi sueño como una melodía
llena de la dulzura de mi melancolía...

LA LLUVIA

Lentamente y tristemente,
lenta y triste cae el agua
sobre los surcos abiertos...
La tarde, brumosa y pálida,
está llena de rumores
indecibles, de plegarias
a las nubes, de oraciones
por la lluvia... En la casa
hay una voz que domina
otras voces y angustiada

dice: «Dios quiera que llueva
toda la noche, y mañana
amanezca el ancho campo
como una pampa de agua».

. . . .

Es la oración por los surcos
y por las tierras sembradas
bajo los fríos de invierno
sobre los copos de escarcha...
Es el eterno rogar
por la cosecha esperada
que colmará de riquezas
los graneros de la chacra,
y dará pan a las bocas,
y dará paz a las almas.

Y en la noche, mientras llueve,
con los rumores del agua
que desciende de los cielos
como una suprema gracia,
la moza sueña...

—Diciembre...
el trigo forma montañas
en las eras, bajo el sol
que fatiga la mirada...
entre el torbellino de oro
que un remolino levanta,
toda llena de prestigios
surge una forma bizarra
de huertano... y un cantar
viene de lejos, y el alma
va palpitando en la copla
llena de fuego y de ansias...
un largo y dulce mirar...
un coloquio en la ventana
florida de madreselvas...
un rasgueo de guitarra...
y todo el campo dormido
bajo la luna de plata...

Lentamente y tristemente,
lenta y triste cae el agua
sobre los surcos abiertos,
como una suprema gracia.

SOL, PADRE NUESTRO

Padre Sol, Padre Nuestro que estás en los cielos,
¡bendita sea la gloria de tu luz bella y fuerte,
llena de bendiciones!
Padre Sol, — Padre Nuestro de todos los consuelos,
¡líbranos de la muerte,
abre a la paz la vida de nuestros corazones!...

Santificada sea para siempre tu lumbre
ahora y en la hora de nuestra pesadumbre.

Abre a la vida todas nuestras flores mejores
de piedad y de amor; calma nuestra fatiga
de infinita tristeza,
¡oh, Sol Padre que amaron todos los trovadores,
todos los que conquistan el oro de la espiga,
todos los que persiguen un sueño de belleza!

¡Oh, Sol Padre, que pones un fulgor de placeres
en los ojos extraños de todas las mujeres!

¡Y cuando en un eterno loarte las campanas
elevan a los cielos ese vibrante coro
de sus almas piadosas,
asciende a ti el perfume de las rosas tempranas
en una misa de oro
en la que vibra y triunfa el alma de las cosas!...

Tú, que curas las llagas de todos los dolores,
Padre Sol, líbranos de estos hondos amores!

¡Y cuando en un glorioso despertar de los huertos
las campánulas rompen sus capullos morados,
al influjo potente
de tu lumbre creadora, en los campos abiertos
por los fuertes arados,
estalla el vigoroso canto de la simiente!

¡Padre Nuestro, que ríes con sonrisas eximias
en la dulce alegría de todas las vendimias!

Augusto Padre Nuestro, que curas toda herida
y en la frente de todos los troveros pusiste,
en un rayo de luz, un destello sagrado,
¡yo te ofrezco mi alma, yo te ofrezco mi vida,
—toda mi vida, Padre, una flor que tú hiciste
florecer en perfumes de perdón y pecado!

Bajo la eterna gloria de tu luz bella y fuerte,
libra a mi alma, Padre, del dolor y la muerte!

Santificada sea para siempre tu lumbre
ahora y en la hora de nuestra pesadumbre!...

PARA DESPUES

Atardece...
Es un divino
y dulce y sombrío ocaso
lleno de lumbre y de oro,
pleno de trinos de pájaros...
Sobre los árboles tristes
el viento susurra un largo
e interminable preludio...
En los rosales del patio
las rosas tardías lloran
lluvias de pétalos pálidos...
Y el cielo es hondo y azul,

y el viento sigue llorando
la sonata dolorosa
de la tarde de los campos...
En la gran paz del crepúsculo
lleno de sueños lejanos,
siento el vuelo de las rimas
que tienen alas de pájaros...

Talvez un día... después...
mañana... ¡quién sabe! — el vago
declinar de otro crepúsculo
encuentre como hoy, amargo
mi decir... Quizá mañana
habré perdido ese santo
sueño de toda mi vida,
cuando rompe los arados
la buena tierra y los surcos
son de semillas colmados,
y el aire es suave y tranquilo,
y el sol, desde el cielo claro,
glorifica tanta pena,
bendice tanto trabajo!

Quizá mañana, bien mío,
o después, — ¡quién sabe cuándo!
al descansar de esta pena,
al renacer de este largo
ensueño, seré más triste
y me encontraré cambiado,
con otra esperanza y otra
alma talvez... Sin embargo
habrán vuelto los rosales
a florecer en el patio
y todos los versos míos,
frente a frente del ocaso,
volverán, — como los viejos
dormidos hace cien años
en un cuento, — y serán nuevos,
y dejarán a su paso
¡toda una gloria de sol
plena de trinos de pájaros!

PASION ANTIGUA

Yo quería ofrecerte toda mi pobre vida
para que la curaras de su mal; ¿no has visto
que junto al corazón tiene una herida
como la que tenía el Señor Jesucristo?

Es el mal de los viejos y pasados amores
románticos y puros. Como en el romancero,
tengo la viva sangre de los conquistadores,
un corazón hidalgo y el alma de un trovero.

Florecen en mi vida las pasiones bravías
de los siglos de oro cuyas justas gloriosas
dejaron en el fondo de mis melancolías
un brillo de leyendas y un aroma de rosas!

Y este sueño que se abre como una flor extraña
en mi alma, y la fe ciega, fuerte y adusta
por la tierra que guarda en su fértil entraña
el amor y el dolor de una raza robusta,

¿No tornarán un día ese viejo heroísmo
en afanoso apego de contínua labranza,
en ardor de vivir, en amor de uno mismo,
en salud vigorosa, y en eterna esperanza?...

Cuando envuelto en el vago y sutil devaneo
de ese sueño fecundo, en los pasos tardíos
con que sigue la yunta sobre los surcos, creo
que surgen de la tierra todos los versos míos!...

Vienen para mi vida, armoniosos y ardientes
en su volar, heroicos como paños de guerra,
¡y voy echando al surco junto con las simientes
lo más bueno y más noble que mi ánimo encierra!...

Voy echando a los surcos la sangre de la herida
que llevo sobre el pecho; y mi fe honda y sana
¡ora porque esta sangre que brota de mi vida
florezca en brotes de oro al sol de la mañana!

Después en mieses rubias... Y bajo el sol amigo
que deja en nuestras frentes un largo beso de oro,
¡sueño que bravamente florecerá en el trigo,
compensando mi vida, — mi lírico tesoro!...

Más tarde, en el molino rehecho, cuando el viento
para moler el grano las aspas rudo azote,
¡en la sombra del pórtico, como en mi pensamiento,
empolvado de siglos surgirá Don Quijote!...

¡Déjame que me sueñe mis amores románticos
al lado de mi arado de reluciente acero
mientras echo a la paz de la huerta estos cánticos
que tejieron su nido en mi alma de trovero!

Y habré tornado entonces aquel viejo heroísmo
en afanoso apego de contínua labranza,
en ardor de vivir, en amor de mí mismo,
en salud vigorosa y en eterna esperanza!...

CUANDO EL ESTIO SE VA...

Si he pensado siempre en ti
fué porque, en medio a mi mal,
surgiste como un raudal
de dulzuras para mí.

Mirar como el tuyo no
encontré nunca, querida;
y así, en tus ojos, mi vida
encantada se quedó,

Hondos y puros reflejan
toda la gloria del cielo
y ponen como un consuelo
donde su mirada dejan. . .

Romances de pesadumbre
cuentan a los corazones
y hacen brotar las canciones
en sus derroches de lumbre.

Hoscos y bravíos son
y en un infierno se trocan,
cuando los celos provocan
tormentas del corazón. . .

Hay en ellos un profundo
reposo de agua serena
y copian toda la pena
del estío moribundo.

cuando un oro suave y lento
colora las muertas hojas
y va dejando congojas
en las ventanas, el viento...

. . . .

Guárdame siempre, querida,
en ese divino encanto,
¡hasta que rompa el quebranto
este cristal de mi vida!

HAGASE TU VOLUNTAD...

Sin sombras ni reparos en la conciencia, labra
las fases de tu vida como una escultura
tallada en carne propia: en tu propia palabra
hallarás el remedio de tu honda amargura,

Hunde bien tus arados! Sin piedad y sin calma
labra de tu heredad esos cuatro terrones...,
¡Cuanto más la desgarres para llegarle al alma
más nobles y más fuertes nacerán tus pasiones!

No des reposo al hierro! Á tus rudos empeños
abierta al sol y al aire, florecerá la tierra
para colmar los grandes graneros de tus sueños
con el loco desborde del tesoro que encierra.

No des reposo al yugo ni a la potente mano
rugosa por la lidia de la eterna labranza...
¿no es acaso robusto tu pecho? ¿No es más sano
tu corazón repleto de verdad y esperanza?..

¿Qué otra gloria mejor que la gloria de verte
en medio de tu huerta, bajo el sol que la inunda
de fulgores y vida, y sentirte más fuerte
cabe esa noble tierra desgarrada y fecunda?

Abre tu alma a todas los vientos. La montaña
nos parece más grande cuando sola se muestra...
La voluntad que duerme en tu cálida entraña
te dará la medida del poder de tu diestra.

Ah! Sé como esas olas que cavan en las playas
su cuna de basalto luchando siempre solas...
¡Tú puedes ser el héroe de todas las batallas
porque tienes la fuerza y el tesón de las olas!

Tú puedes ser el Cid Campeador de esta guerra
que te dará los oros de invalorable cuño,
¡porque tu alma está llena del amor de la tierra
y tienes a los dioses amarrados al puño!

LA TIERRA

Toda llena de gracias eres, toda llena
de bien y de piedad...
Los hombres todos
buscan refugio en ti, porque tú eres
la eterna madre del perdón, la fuente
de donde mana plácida la vida
continuamente renovada y siempre
soberbia y fuerte y plena de belleza.
Todo reposa en ti y de ti misma
surgen las fuerzas todas, — todas esas

desconocidas fuerzas milagrosas
que rebosando todos los caminos
llevan hacia el dolor, hacia la gloria,
a la miseria o a la muerte...

Tienes
un alma única y diversa, como
esa clara hija tuya, que naciendo
de tus propias entrañas, te rodea
con un enorme abrazo interminable
de fuerza y de salud...

Llana y ubérrima
y colmada de sol, das a los hombres,
— a la penosa vida de los hombres
que son tus amos y tus hijos, — toda
la amplitud de la tuya, la serena
paz de los corazones, la fecunda
tranquilidad amable de tu espíritu
milagroso y profundo.

Alta y recia,
quebrada por las ásperas montañas,
fijas en las honduras de las almas
la ruda perspectiva de tu suelo,
tu rigidez austera, tu dureza . . .
Y al abrirte en los valles, donde el surco
encauza los desvelos de los hombres
que rebuscan las fuentes de la vida, —
te das toda al amor y a la esperanza
y haces brotar de tus entrañas fértiles
— tal como de la entraña de la madre
el hijo fuerte, — la cosecha pródiga,
desbordante del trigo . . .

Todavía
no puedo comprender ese misterio
oscuro de los lazos con que atas
las pasiones humanas a tu vida
de inagotable bien, soberbia madre
de los titanes. . .

Sé tus ansias
sé tus vigores todos, sé que guardas
bajo tu piel costrosa los tesoros
inagotables que crearon tantas
tragedias hondas y leyendas rudas...
sé que nos llamas en la plena vida
de tu pasión renovadora, pero
no puedo penetrar la sutileza
de ese imperio que ejerces en los hombres
que, más que ser tus hijos o tus amos,
aspiran a ser dioses...

Porque luego
que esquilmaron tus pechos, que dejaron
exhaustas tus arterias, — sin que nunca
sintieran el latido de tu sangre; —
luego que desbordaste tus riquezas
por ellos sólo y sólo para ellos,
renegaron de ti, como el Apóstol, —
y de ti se apartaron como de una
mujer leprosa, ruín o miserable!

Y sin embargo, ávidos, ardientes,
desesperados de tu amor, los hombres
forman la eterna ronda de la vida
que va y viene de ti, — esa cadena
de la que todos somos eslabones
y que el Destino pasa entre sus manos
de tiniebla y de muerte, como un trágico
rosario de dolor, en cada una
de cuyas cuentas vibra un alma humana
vencedora o cruel o mendicante...

Hoy vive mi pasión este poema
porque has surgido frente al Dios sombrío
toda llena de gracia.

LA SERENATA

À mi hija Ada Negri.

Música de la triste serenata
que todavía está llorando el viento
en la reja que guarda mi ventana!
Música dolorosa
que traes, en la extraña
larga meditación de los violines
y en el llanto de agua de las flautas,
¡la desesperación de los amores
que no pudieron ser dentro del alma!

Desgarradora música que suenas
en medio de esta noche desolada,
bajo la seducción del cielo claro,
bajo la luna blanca.
—y te vas con el fresco de la brisa
que recogió en sus alas
aromas y suspiros,
y besos y romanzas,
—¡aromas de olorosas madreselvas,
suspiros de mujeres angustiadas!

Serena bendición de esa armonía
que llora en el compás de las guitarras
en el silencio de la noche honda
que hace nacer las nuevas esperanzas,—
mientras velamos el tranquilo sueño
de la hija mimada,
y se nos llena el pecho de cariños
y los ojos de lágrimas, .
al largo murmurar de tu cadencia,
—¡música de la triste serenata!

¿Que Romeo bebió tanta tristeza
que llenó hasta los bordes de su alma
y no pudiendo más llevar su copa
la derramó esta noche en la ventana
llena de sombras suaves,
florida de claveles escarlatas?
¿De qué serena fuente de armonía
brotó esa pena dolorosa y lánguida
que medita el dolor de los violines
y sollozan las flautas?

Acaso muda el alma de la novia
esta noche lloró tras la ventana
sobre su corazón muerto de amores,
¡y no sentiste palpitar sus lágrimas!
Acaso un largo beso de quimera
se enfrió tras el cristal, — y las guitarras
recogiendo en su seno su armonía,
su eterna desperanza,
la lloraron en todas tus canciones
— ¡música de la triste serenata!

La primavera amaneció más pura
y otro sol ha salido; pero el alma
tiene el contagio de tu pena honda
y ni siquiera sé cómo te llamas,
ignorado poeta que esta noche
lloraste tu dolor en la ventana
donde florecen como heridas nuevas
manojos de claveles escarlatas...
Pero sé que de hoy y para siempre
volverá tu canción para mi alma
con la meditación de los violines,
con el largo lamento de las flautas,
con el fresco suspiro de la brisa,
con el dulce compás de las guitarras,
con el sueño tranquilo de mi hija
y con las madreselvas de las tapias,
—¡Romeo de la lírica tristeza,
música de la triste serenata!

DOS JUICIOS

"LOS CREPUSCULOS"

POR JUAN M.a ÓLIVER (HIJO)

Cada vez que, como en la ocasión presente, ha caído en mis manos un hermoso libro de versos de un poeta nuevo, un sacudimiento íntimo de regocijo ha sacudido mi corazón. Son tan numerosos los vates que escriben tonterías o vaciedades, bajo la égida de un trasnochado decadentísimo, que el hallazgo de un espíritu verdaderamente poético sincero y fuerte, libre de capillas y de escuelas, de modas y de alifafes, justifica aquel regocijo.

El nombre de Juan M.a Oliver no me es desconocido. Alguna vez, hace mucho tiempo, ha llegado a mis oídos. Sin embargo, la ocasión no debe haber sido memorable, porque ese recuerdo es sumamente vago. Una revista o periódico debe haberme traído ese nombre al pie de alguna composición; pero no había sido ella suficientemente evocadora para grabar en mi cerebro la huella lumínica que hace perdurable una impresión. En

fin, esto no hace al caso. Lo indudable es que la sensación de arte que hoy me procura Juan M.ª Oliver con algunos de sus versos es robusta y firme: difícilmente podré ahora olvidarme de su nombre que, me atrevo a predecirlo, conquistará justa nombradía en las letras nacionales.

Porque en las distintas composiciones que componen este rápido y hermoso librito — editado primorosamente por la casa Bertani, que ya va adquiriendo una excelente reputación con sus constantes esfuerzos para divulgar las obras de nuestros escritores, — se advierte un espíritu poético promisor de más altos y deslumbrantes vuelos. Alejándose, con muy feliz acuerdo de las lloronas vulgaridades de un romanticismo en desuso, así como de los encalambrinamientos de las frases huecas de un modernismo «pour l'exportation» el novel poeta nos abre ingenuamente de par en par las puertas de su alma, dejándonos ver, a la primer ojeada, todos los tesoros que en ella anidan y refulgen.

Aunque he de contrariar aquí el decir del prologuista de este libro de versos, que es un joven de un hermoso talento, tal vez el talento más hermoso de todos los de la nueva generación, cuando afirma que *Los Crepúsculos* «es la obra maravillosa del silencio», no me detendré en hacerlo, porque sé que en esto de las sensaciones íntimas cada uno las experimenta según el estado de su propio ánimo. Tal vez el feliz prologuista, Francisco Alberto Schinca, en una hora de reconcentración y melancolía, advirtió con alma de poeta — porque él también es un

gran poeta a su modo — ese silencio elocuente con que alternan las almas en las fastuosas «soirées» del espíritu. Yo, en cambio, que he empezado a leer *Los Crepúsculos* con el descuido y poco entusiasmo con que se suele abrir el libro de un autor nuevo, me he encontrado de pronto deslumbrado ante la sorpresa de una poesía que es la obra maravillosa de la vida zumbadora.

Esta es, en efecto, la impresión que me causan los versos de *Los Crepúsculos*: una impresión de vida sana, rumoreante, perfumada. Todas las voces de la naturaleza campesina se orquestan en esas estrofas construídas sin amaneramientos ni giros afiebrados. Un aliento suave y matinal recorre el paisaje de las cuartetas, embriagándonos con el aroma de las florecillas silvestres. Y el prado canta, abierta las entrañas al Sol fecundo; y los árboles, tendidos sus cordajes a los caprichos inspirados del viento, cantan también melodías salvajes y primitivas; y el agua de los arroyos, limando guijas y serpenteando guijarros, canta himnos de límpida frescura; y la luz, trepando por los confines remotos, canta sus clarinadas de vida y resurrección: todo, todo invalida aquí el silencio y llena el corazón de rumores y armonías, haciéndole presentir los arcanos de la vida y las ebriedades del florecimiento.

El mismo poeta nos habla cariñosamente de su musa en una fresca y lozana composición dedicada al señor Schinca:

« No quieras encontrarla
Ahí, bajo ese cielo,
En la quietud solemne de esas playas
Donde canta sus salmos el pampero;
Búscala por los campos,
En la paz de los huertos
Donde rezan los pobres labradores
El credo de la vida, entre los viejos
Álamos que resuenan como liras
Al soplo de los vientos. »

Y es esta musa huertana, palpitando vida, sonora como un corazón, fúlgida como una gota de rocío, la que inspira los más hermosos versos del poeta, la que lo acompaña en sus dolores, la que bulle en sus alegrías. Ella en sus arrebatos de amor sabe ser discreta e ingenua, entusiasta y noble, cual en los versos:

« A veces en el aire caliente del crepúsculo,
Cuando cansado busco la sombra de la vid,
Parece que los vientos trajeran algo tuyo;
Como un perfume humilde de flores de maíz.

A veces, de las rejas de los arados viejos
El sol arranca un rayo de acero, vivo y cruel.
Y adquiere un alma y vive el reluciente acero...
¡Palpitan tus pupilas en el reflejo aquel!

En torno de los rojos claveles de mi huerto
Desatan las abejas su vuelo zumbador,
Como cuando buscando las flores de tus besos,
Sollozadora y dulce, te ronda mi canción. »

Y en las horas de desesperanza, en las agrias horas de las lágrimas, ella, la musa campesina y buena — la misma, acaso, que inspiró un día al autor de los *Aires murcianos*, — es la que exclama:

« Te vas... La tarde baña con esplendor de oro
Las copas de los árboles que el viento hace llorar...
Yo veo allá, muy lejos, tu rostro melancólico
Que se envuelve en la dulce sombra crepuscular...

Te vas... En las extrañas misas de mi tristeza
Eras mi virgencita, mi ídolo inmortal;
Para mi pobre alma brillabas con la eterna
Maldita y adorable fascinación del mal! »

Y esta frescura huertana, este rumorear de vida, estos aromas sencillos son precisamente, los atributos que más nos encantan en la poesía de Juan M.ª Oliver. Con ellos obtiene los más hermosos éxitos y las más delicadas impresiones. No podemos menos que felicitarnos de ello y de encarecer al poeta que prosiga en esa senda, con la seguridad de que obtendrá, en lo futuro, sus más señalados triunfos. Ya estamos ahitos de esos otros vates que nos hablan de los trianones y jardines versallescos, que nunca han visto, como no sea en Rubén Darío, y que olvidan, o no saben, que en nuestra tierra hay fabulosas riquezas vírgenes, inexplotadas.

El autor, pues, de *Los Crepúsculos*, al obedecer humildemente a su numen, que le lleva como de la mano por los prados floridos y las campiñas treboladas de la

patria, ha revelado ser un espíritu sincero. Y como tal, ha triunfado.

Acaso la nota, eminentemente melancólica, señalada por el señor Schinca, se encuentra en algunas composiciones de este libro, — principalmente en la que lleva el título de *Ensueño*; — pero con ser ésta una de las más hermosas del libro, no es, ni con mucho, la dominante ni la que constituye la esencia del alma del poeta. Es cierto que en *El Ensueño* hay una «quietud mística», una «inefable serenidad», engendradora de tan rara y sugestiva belleza que no podemos menos de celebrarlas.

Así en los versos

«Oye: el Ensueño tiene sublimes armonías
El Ensueño es un pájaro de plumaje de seda
Que solloza en las tardes dolorosas y dulces
Las baladas extrañas del país de la niebla.

El vuelve a tus manos sus ojos tranquilos
Y al mirar el blanco de tus manos recuerda
El marfil de los Cristos dolientes, amargos y tristes,
Que guardaban las viejas abuelas
Con los largos rosarios benditos, y antiguas
Estampas de santos y mártires de rostros de cera».

Y es cierto, también, que esa misma nota doliente y misteriosa, que engendra los grandes poemas del silencio, triunfa en la poesía «Pobre vida», de un hálito genuinamente d'annunciano. Pero ella, mas que el signo de un alma determinada es la caracterísca de todos los jóvenes

de estos tiempos, y de los tiempos pretéritos también, que han proclamado la inmensa «non curanza», el inmenso desaliento de Leopardi, disfrazando sus cabellos juveniles con el hielo plateado de las canas. A los veinte años, no hay corazón de poeta que no proclame el hastío de la vida, el pesimismo en el amor, y la incurable amargura de su alma. Yo creo que por la sencilla razón de hallarse aún muy lejos de la tumba es que se habla con esa tranquilidad pasmosa del dolor y de la muerte.

Celebremos, pues, al novel poeta que ha sabido en moldes elegantes y nuevos, pero no por ello menos sencillos y justos, hablarnos de nuestra naturaleza y de su propia alma, y apresuremonos para recoger los frutos sazonados de su numen, que ya denuncian, para un porvenir no lejano, esta floración primaveral de su primer libro.

V. P. P.

(De *El Tiempo*).

VOCES LIRICAS

"LOS CREPUSCULOS"

Un poeta joven, de musa tan emocionada como emocionante, un inspirado y nuevo cantor de los dulces martirios del corazón en pena de amor, ha venido, de las lejanías del campo, a entregar al ciego y contradictorio debate de la ciudad sus primeras canciones de devoción y de queja. Juan M.ª de Oliver (hijo) acaba de aparecer en la arena de las justas, con la tranquila firmeza del que se siente fuerte y se sabe bienvenido. Todo es oro fino lo que trae en sus alforjas, todo es riqueza de legítimo caudal, lo que ofrece a la discusión de las tribunas literarias y al deleite de las muchedumbres sensibles, que sólo saben de los gratos sabores. Poco auxilio pidió al artificio de la rima y a la retórica ampulosa y relamida, para componer esa magnífica joya lírica que se llama verso,

para decir, en bellísimas formas, cuanto sufre y cuanto espera un alma, cuantas cosas amables ha soñado, al apagarse el día, y cuantas ilusiones lleva hiladas en el eterno telar de la imaginación. Enfermo de tristezas conmovedoras — martirios del corazón, desmayos de la conquista — el poeta canta, nostálgico y quejoso, al silencio de las tardes moribundas, a los crepúsculos sangrientos que pasan huyendo a la deriva, a la huerta perfumada con flores que nadie cogerá, a la senda solitaria huérfana de pasos amigos, al pío del pájaro sin nido y al viento que llora su sollozo en la lira palpitante del árbol. Condenado errabundo por una Arcadia abandonada, lanza sus lamentaciones a todas las cosas que dicen belleza y dulzura, calor de vida y gloria de juventud, alegría dichosa, ansias de infinito — porque ellas, una a una y juntas, le evocan los inolvidables encantos de su amada, lejana ya, de su amada campesina que tenía hermosas las mejillas, bullicioso el espíritu y fuego inextinguible a lo largo de las venas.

Juan M.ª Oliver es de los pocos poetas que florecen por estos tiempos de modernismo extravagante y hueco, no ha pensado en ser original antes de buscar dentro de sí ese ruiseñor encantado sin el cual las nueve hermanas no fecundan. Con la pureza de las vidas sencillas y llenas de generosos fervores, elogia todas las cosas buenas y bellas de la naturaleza, ámalas con la humildad venerante del hechizado de milagros, con la ternura débil y atónita del creyente que se halla obra y espejo de un dios, llámese Zeus o Brahma, Cristo o Ma-

homa. Comprende la vida y por eso sabe idealizarla, adorar sus mil formas y sus mil transformaciones, prosternarse sobre la lujuria del huerto pródigo, para sentir palpitar junto a su pecho el ritmo todopoderoso.

Libre de las contaminaciones de la ciudad, de los aturdimientos de la lucha entre la muchedumbre, de los techados que amenguan el cielo y de las mezquinas pasiones que envenenan el alma, Oliver se encuentra inmenso en la inmensidad de los campos hermanos y amigos, bajo la amplia protección del azul. La inmensa savia joven, lozana y pujante, siente correr por sus venas. La misma paz divina en su espíritu, idéntico amor en su corazón. Sabe el poeta que nada existe más noblemente purificador que la Naturaleza. Quien penetra en ella comienza a ser bueno. Quien la sigue avizor y constante, a través de todas sus revelaciones, es bueno siempre, es bueno más allá del alcance humano, por encima de la moral de los hombres y del juicio de los censores. Fuente eterna de salud que cicatriza todas las heridas, madre generosa que da sosiego a todas las fatigas, su protección es el supremo bien y la suprema conquista. A su lado las pupilas se llenan de encantamientos desconocidos, y las cosas adquieren una belleza mágica de una existencia superior. Cualquiera de vosotros que no haya sentido nunca sonar en su espíritu ese minuto de grandeza y de éxtasis sugerido por la maravilla del Cosmos, no ha logrado alcanzar todavía las cimas de la felicidad absoluta: no conoce aun qué suerte de dios todoventuroso es él, que tiene para su goce y su soberanía, un prodi-

gio tal, eternamente serio y eternamente renovado. El sentimiento de las infinitas interpretaciones, la vibración continua del sér ante el espectáculo de la vida en marcha, despierta al poeta que se sospecha dormido en el fondo de todas las almas, y lo lleva a loar, a ensalzar en himnos vehementes, la inefable dicha de vivir y la gloria inmerecida de comprender. Oliver es uno de esos revelados, uno de esos milagros líricos, surgido al imperioso conjuro de este otro milagro de la materia que se llama la Creación, desde la nube que pasa hasta el insecto imperceptible.

Como todo bardo de legítimo oriente, tiene una dama a quien ofrendar los ríos sonoros de su musa campesina, tiene un alma de luz y de alas a quien adorar como un ídolo y como estrella de su destino. A través de sus canciones dolientes pasa la imagen de su novia, de su santa «virgencita», evocada en todos los resplandores lejanos del recuerdo, que camina paso a paso, por los días, resucitando ardorosas caricias y besos de fuego, despejando instantes de emoción, obscurecidos por la sombra implacable del Tiempo fugitivo. Para ella son las más hondas ternuras, las extremas alabanzas, los más armoniosos poemas de su vibrante inspiración. Bendecida seas tú, su mujer amada, que supiste por la voluntad de tus manos y de tus labios, y por la angustia de tus querellas, hacer vibrar el cordaje melodioso de un espíritu canoso que enmudecía en la inmovilidad del silencio; bendecida seas, aunque el mal de tu amor y de tus duelos, no haya puesto en la voz de sus canciones, más que

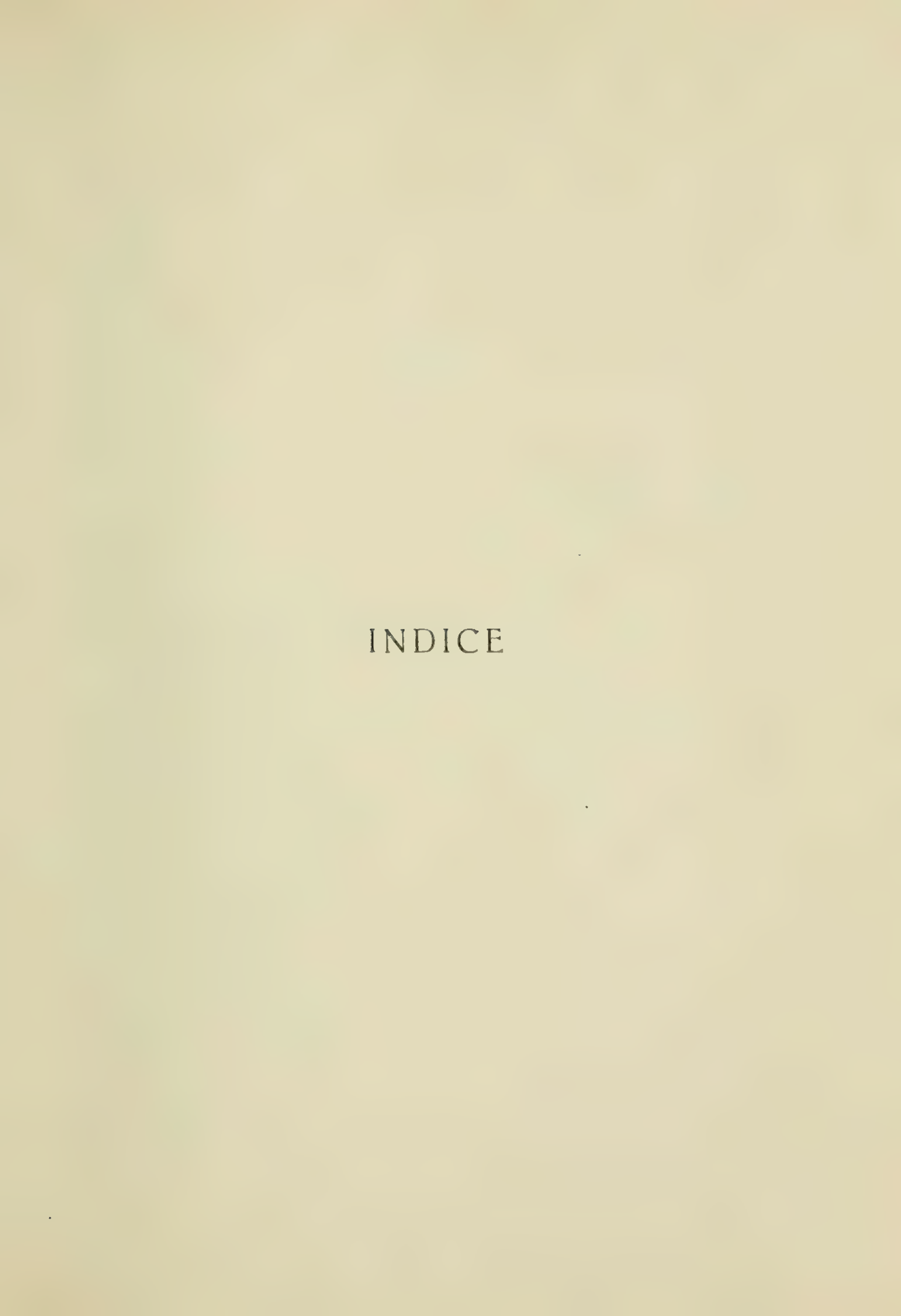
lágrimas y amarguras. Tu existencia fué el sol y fué la Meca de esa alma ingenua y límpida, como la ninfa candorosa de una ría. Tú hiciste, como el sagrado milagro de la Primavera, florecer del misterio de su corazón, los jardines maravillosos de sus versos, que muchos días se durmieron extáticos, bajo la decoración insigne de los crepúsculos de púrpura.

Sería ocurrencia peregrina buscar comparaciones a este poeta. Oliver no es más que él mismo, y con ésto queremos encarecerlo. Expone su drama interior, las alucinadoras visiones de su ensueño y sus encantos estéticos, valiéndose de los moldes impersonales y de las euritmias más adaptadas a las explosiones de su fuego lírico. Su musa no mariposea por las escuelas, ni detiene servilmente para tomar el compás de un estilo. Reina de los campos abiertos al infinito, no admite corseletes que ahogan para acicalar, ropajes de moda que embellecen con su artificio, pero que matan con su vulgaridad. Schinca en el admirable prólogo de *Los Crepúsculos*, la ha consagrado, y si así no fuera, bastaría leer «corazón adelante», los hermosos versos «El ensueño», «Mi cancionera», «Atardecer», «Tu amor», «Pobre vida...», «Hacia tus ojos», «Humildeza» y «Ultimo acorde».

A Juan M.ª Oliver, poeta y amigo, mi homenaje.

Manuel Medina Betancort

(De *El Día*)



INDICE

INDICE




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 12 06 05 008 1